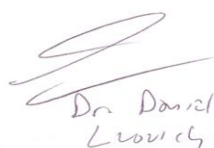


Buenos Aires, 3 de marzo de 2020

Estimado Dr. Sergio Morresi:

Tengo el agrado de dirigirme a Ud. a fines de confirmarle que el artículo “Los rostros del liberalismo. La gestión de Martínez de Hoz en el ministerio de Economía procesista y las polémicas del universo liberal” que ha escrito Ud en coautoría con el Dr. Martín Vicente, será publicado en el libro que reúne los resultados de las investigaciones desarrolladas en el marco del PICT 2013 – 1160 *Desafíos historiográficos, teóricos y didácticos del abordaje del pasado reciente en Argentina*. Dicho volumen, titulado provisoriamente “Políticas públicas, tradiciones políticas y sociabilidades entre 1960 y 1980”, se encuentra en proceso de edición y será publicado durante el transcurso del corriente año por Ediciones UNGS.

Sin otro particular, lo saludo atentamente.



Dr. Daniel
Lvovich

Dr. Daniel Lvovich

CONICET – UNGS

Director del PICT 2013- 1160

Políticas públicas, tradiciones políticas y sociabilidades entre 1960 y 1980

Desafíos en el abordaje
del pasado reciente en la Argentina 1



Daniel Lvovich
(compilador)

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

POLÍTICAS PÚBLICAS, TRADICIONES POLÍTICAS Y SOCIABILIDADES
ENTRE 1960 Y 1980

Daniel Lvovich (compilador)

**Políticas públicas, tradiciones políticas
y sociabilidades entre 1960 y 1980**
Desafíos en el abordaje del pasado
reciente en la Argentina 1

Guadalupe Ballester, Juan Luis Besoky, Ernesto Bohoslavsky,
Gabriela Gomes, Federico Iglesias, Daniel Lvovich, César Mónaco,
Sergio Daniel Morresi, Florencia Osuna, Cristian Vázquez
y Martín Vicente

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Políticas públicas, tradiciones políticas y sociabilidades entre 1960 y 1980 : desafíos en el abordaje del pasado reciente en la Argentina 1 / Guadalupe Anahi Ballester.. [et al.] ; compilado por Daniel Lvovich.- 1a ed.- Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento, 2020.
286 p. ; 21 x 15 cm. - (Humanidades ; 43)

ISBN 978-987-630-449-8

1. Estado. 2. Sociedades. 3. Historia Política Argentina. I. Ballester, Guadalupe Anahi. II. Lvovich, Daniel, comp.
CDD 320.0982

AGENCIA
NACIONAL DE PROMOCION
CIENTIFICA Y TECNOLOGICA



EDICIONES **UNGS**

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2020
J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)
Prov. de Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54 11) 4469-7507
ediciones@campus.ungs.edu.ar
ediciones.ungs.edu.ar

Diseño gráfico de colección: Andrés Espinosa
Diagramación: Eleonora Silva
Corrección: María Valle

Hecho el depósito que marca la Ley 11723
Prohibida su reproducción total o parcial
Derechos reservados



Libro
Universitario
Argentino

Índice

Introducción 9

Primera parte. Políticas públicas en tiempos dictatoriales

Entre la “estatalización” y la “subsidiariedad”: actores y proyectos de la Secretaría del Menor y la Familia en la historia argentina reciente 17
Florencia Osuna

Actores transnacionales y proyectos de vivienda social en la ciudad de Buenos Aires durante la dictadura autodenominada “Revolución Argentina” (1966-1973) 43
Gabriela Gomes

El rol del INTA en la conformación de la organización campesina en Formosa durante la década del sesenta 75
Cristian Eduardo Vázquez

Las ciencias sociales y los estudios de opinión pública en la llamada “Revolución Argentina” 97
Daniel Lvovich

Segunda parte. Tradiciones políticas e intelectuales de las derechas

Los congresos anticomunistas en la Argentina: redes y sociabilidades latinoamericanas y globales en los años sesenta 121
Ernesto Bohoslavsky

Violencia paraestatal en el Gran La Plata (1973-1976): el caso de la Concentración Nacional Universitaria (CNU) 143
Juan Luis Besoky

Los rostros del liberalismo-conservador: polémicas en torno de la gestión de Martínez de Hoz en el Ministerio de Economía procesista 171
Sergio Daniel Morresi y Martín Vicente

Tercera parte. Sociabilidades, asociacionismos y micropolítica

Un acercamiento a las dinámicas de subsidiariedad del Estado a escala local. General Sarmiento, 1973-1983	205
<i>Guadalupe Ballester</i>	
Escritores y dictadura: trayectorias, prácticas y sociabilidades. El caso de la revista literaria <i>El Ornitorrinco</i> , 1977-1983.....	231
<i>Federico Iglesias</i>	
Sindicalismo y política. El lugar de la UOM en el escenario público nicoleño, 1972-1973	259
<i>César Mónaco</i>	
Autoras y autores	283

Los rostros del liberalismo-conservador: polémicas en torno de la gestión de Martínez de Hoz en el Ministerio de Economía procesista

Sergio Daniel Morresi y Martín Vicente

Este trabajo propone un análisis centrado en las polémicas en torno al liberalismo en el período en el que José Alfredo Martínez de Hoz estuvo al frente del Ministerio de Economía, durante la última dictadura argentina, el autoproclamado Proceso de Reorganización Nacional (PRN). Durante la etapa 1976-1981, el término “liberalismo” fue depositario de diversas conceptualizaciones, en tanto el debate sobre los sentidos del concepto no se limitó a una pugna entre los que se sentían cercanos a él y aquellos que lo combatían, ni fue un claro divisor de aguas entre partidarios y opositores al régimen. En efecto, varios intelectuales y líderes políticos cercanos a la dictadura y que se autodefinían como liberales (aunque, como veremos, correspondería llamarlos liberal-conservadores) fueron severos críticos de su política económica: en torno a esta experiencia ministerial, se expresaron disidencias que previamente habían estado soterradas dentro del espacio de las derechas argentinas y que volverían tras el final de la experiencia dictatorial. Esta cuestión queda más clara cuando se amplía la escala de análisis temporal y se consideran las controversias con respecto a la política económica del PRN luego de 1983: como veremos, las claves de la polémica iniciada en 1976 siguieron marcando la agenda de las discusiones décadas después.

En las páginas que siguen explicamos por qué creemos que es importante hacer una lectura política del plan económico de la dictadura. Luego, presentamos la figura de Martínez de Hoz y su equipo de trabajo, y repasamos la concepción de la política económica que tenían el ministro y sus colaboradores. A partir de allí, nos centramos en el debate en el interior del espacio liberal-conservador y abordamos las visiones retrospectivas de miembros del gabinete económico para discutir la intención y el impacto del esquema desarrollado entre 1976 y 1981.

Algo más que un plan económico: una lectura en clave política

Varios trabajos académicos y periodísticos publicados en los últimos años se han ocupado de subrayar la faceta civil del gobierno militar (Pucciarelli, 2004; Muleiro, 2011; Canelo, 2008a). El impacto de estos estudios ha servido para que conozcamos con mayor profundidad el entramado de intereses políticos y corporativos que dieron aliento al PRN (Verbitsky y Bohoslavsky, 2013), pero también para mostrar los modos y los mecanismos a través de los que las fuerzas armadas lograron obtener apoyos y consensos en amplios espacios sociales (Lvovich, 2007; Lvovich y Rodríguez, 2011) y la existencia de ciertas continuidades con respecto al período 1973-1976 (Franco, 2012).

El énfasis en lo civil es imprescindible para alcanzar una perspectiva más amplia y comprensiva del fenómeno dictatorial, pero no debe llevar a perder de vista la importancia de la trama militar ni la centralidad de los aspectos políticos del gobierno *de facto*. En este sentido, Canelo (2016) advierte, con razón, sobre las distorsiones de las interpretaciones economicistas que se han erigido en una suerte de “sentido común” para explicar la dinámica macropolítica de la dictadura. Dado que para las interpretaciones economicistas los objetivos económicos explican las medidas políticas, y en tanto que estos objetivos económicos son reducidos a la búsqueda de la satisfacción de intereses materiales de determinados sectores (el financiero, el agroexportador, los grandes grupos económicos transnacionalizados), las metas ético-políticas de los militares y los civiles que tuvieron un papel destacado durante el PRN quedan obturadas, fuera de foco o reducidas al rol de conceptos secundarios (Franco, 2016). Sin embargo, los presupuestos y los objetivos ético-políticos de algunos líderes políticos e intelectuales del amplio universo de las derechas locales resultan fundamentales para comprender tanto al régimen dictatorial como a sus iniciativas y su derrotero (Palermo y Novaro, 2003; Quiroga, 2004). No se trata de invertir los términos y sostener que la experiencia procesista *in toto* se explica por la política, sino de no perder de vista la potencia de esta dimensión y poner bajo escrutinio los ideales de sociedad civil y política que tenían los actores que apoyaron o criticaron (desde el propio campo de la derecha) la propuesta económica del PRN. Como se intenta mostrar en este trabajo, Martínez de Hoz y su equipo no tuvieron como meta principal hacer negocios, aun cuando algunos sectores del gabinete económico se dedicaran a esa tarea (AA. VV., 1981-1982), sino librar una “batalla cultural” para cambiar la estructura institucional de la Argentina, a fin de transformar la mentalidad de los argentinos (Martínez de Hoz, 1981).

En ese sentido, una serie de estudios de referencia marcaron, durante la propia etapa dictatorial, la centralidad de la pauta política expresada en el plan de Martínez de Hoz (Canitrot, 1980; Schvarzer, 1983), y es de interés recuperar esa idea para avanzar en los lineamientos de este trabajo.

Esa apuesta ético-política promovida por el ministro y su equipo, como veremos, estuvo signada por acuerdos generales en el espacio procesista, pero también se topó con límites para su completa implementación, críticas a las políticas efectivas e incluso impugnaciones en nombre del mismo liberalismo. Contamos con valiosos estudios sobre los disensos y las pugnas internas del PRN entre duros y politicistas e, incluso, a un nivel más amplio, entre los sectores a los que se denominó, genéricamente, nacionalistas y liberales (Palermo y Novaro, 2003; Canelo, 2008b); y, recientemente, se ha comenzado a indagar en el interior de cada uno de estos grupos (Morresi, 2010; Vicente, 2015; Canelo, 2016). Esperamos, en las páginas que siguen, contribuir al conocimiento acerca de las divergencias y las luchas en el interior del espacio liberal-conservador durante la dictadura al utilizar como prisma de análisis los modos en que fue interpretado el programa económico de Martínez de Hoz dentro de ese mapa más amplio de relaciones políticas.

Es necesario aclarar la lectura que aquí prima del ideario liberal-conservador. El término “liberal” alude a una tradición política ligada a la defensa de los derechos civiles (la propiedad privada, la libertad de conciencia y de prensa) y políticos (reunirse, peticionar a las autoridades, ser representado), cuyos orígenes se remontan a fines del siglo XVII (Ryan, 1995). El conservadurismo es otra tradición política, nacida como reacción a la Revolución francesa, preocupada sobre todo por mantener el orden. Si bien es posible pensar en un conservadurismo reaccionario (ultramontano, con nostalgia por un mundo perdido), en general, los conservadores se caracterizan por su realismo, por observar a los cambios sociales con suspicacia y resignación a la vez. En este sentido, las transformaciones sociales más que combatidas deben ser encausadas, ralentizadas y políticamente tuteladas (Harbour, 1985).

En la Argentina, el liberalismo tuvo destacados impulsores políticos e intelectuales, aunque estos no alcanzaron la radicalidad doctrinaria de otros países de América Latina (como Uruguay), probablemente porque no se vieron en la necesidad de enfrentar a una facción conservadora organizada con apoyo social fuerte, y también porque otros clivajes, como el enfrentamiento de Buenos Aires y el interior, tuvieron una relevancia central. La ausencia de un temprano enfrentamiento entre liberales y conservadores ayuda a explicar que, ya desde finales del siglo XIX ambos tuvieran importantes convergencias (Botana, 1985;

Middlebrook, 2000), que se profundizaron aún más desde el surgimiento del peronismo (Nállim, 2014). Es en este sentido que, a partir de la década de 1930, es posible hablar del liberalismo-conservador como un movimiento político e intelectual distinto tanto del liberalismo como del conservadurismo, en línea con lo que Rémond (2007) llama la “derecha orleanista”.

A diferencia del conservadurismo, el liberalismo-conservador no tiene una perspectiva organicista ni teológica de la nación. Se basa en el ideario liberal clásico, partiendo de la noción de que una sociedad está compuesta por personas que tienen derechos (sobre todo el derecho a la propiedad privada) y que ellas progresan por el intercambio voluntario entre individuos (o sea, a través del mercado) que no están ordenados de un modo jerárquico perenne o naturalizado. Pero, a diferencia del liberalismo clásico, el liberalismo-conservador tiene una honda preocupación por mantener el orden social que lo orienta a estimular el respeto a las instituciones y valores culturales heredados. Esta pulsión hacia el orden y la tradición también distancia al liberalismo-conservador del proyecto democrático, pues la democracia pasa a ser vista como un modelo político riesgoso que debe controlarse o tutelarse a través de mecanismos republicanos o de actores que, bien guiados, puedan ponerle límites claros a una ciudadanía con demandas desmesuradas (Morresi, 2010; Vicente, 2014). Esta concepción liberal-conservadora, cuyos miembros llaman simplemente “liberal”, tiene claros lazos en común con el proyecto neoliberal (como señalaremos), pero debe observarse que en el neoliberalismo las ideas de orden y tradición cultural no ocupan un lugar destacado, y son subordinadas a una concepción negativa de libertad y a la necesidad de mercantilizar nuevos ámbitos (Plehwe, Walpen y Neunhöffer, 2005; Morresi, 2009).

La gran transformación: Martínez de Hoz, su equipo y su plan

José Alfredo Martínez de Hoz nació en 1925 en la ciudad de Buenos Aires, en el seno de una familia acaudalada con amplia participación en política y en asociaciones empresarias. Estudió Derecho en la Universidad de Buenos Aires, de donde egresó con medalla de honor en 1949. Allí fue uno de los fundadores del Ateneo de la Juventud Democrática Argentina (AJDA), un grupo antiperonista que editó la revista *Demos*, de la que fue director. Si bien tuvo relación con la Democracia Cristiana, a la que se acercó por convicciones religiosas, prontamente se desilusionó por considerarla una organización demasiado permeable

a los planteos izquierdistas y populistas, y terminó alejándose de ella, en línea a lo ocurrido con diversas figuras liberales próximas a este partido.

Una vez derrocado el segundo gobierno de Juan Domingo Perón en 1955, la autodenominada Revolución Libertadora designó gobernadores militares en casi todas las provincias, pero en 1956 cambió de estrategia y nombró interventores federales civiles. Fue este cambio el que posibilitó que jóvenes que se habían destacado en las luchas universitarias contra el peronismo accedieran a gabinetes provinciales. En el caso de Salta, el interventor Alejandro Lastra llevó como ministro de Economía, Finanzas y Obras Públicas a Martínez de Hoz, quien al año siguiente fue promovido a presidente de la Junta Nacional de Granos.⁴¹ Sin embargo, luego de que el radical intransigente Arturo Frondizi fuera electo presidente en 1958 (en elecciones con el peronismo proscrito), Martínez de Hoz perdió su cargo y pasó a la actividad privada. En ese período, desplegó un intenso accionar en asociaciones profesionales y empresariales, muchas de ellas ligadas al espacio liberal-conservador, como el Colegio de Abogados de Buenos Aires (formó parte de su directorio entre 1958 y 1962), el Centro Azucarero Regional del Norte Argentino (al que presidió entre 1958 y 1976) y la Acción Coordinadora de Instituciones Empresarias Libres (ACIEL, de la que fue vicepresidente entre 1958 y 1962).

En 1962, cuando un nuevo golpe expulsó al presidente Frondizi, se instaló un gobierno provisional fuertemente tutelado por las Fuerzas Armadas y presidido por el también radical intransigente José María Guido. Con Guido, Martínez de Hoz vuelve a la gestión pública, primero como secretario de Agricultura y Ganadería y luego, por un período muy breve, como ministro de Economía. En las elecciones de 1963, que mantenían la proscripción peronista, resultó electo el radical del pueblo Arturo Illia y Martínez de Hoz retornó al sector privado. En este período, pasó a formar parte de los directorios de empresas como Petrosur (que presidió entre 1964 y 1972), Acindar (que presidió entre 1968 y 1976) y la Compañía Ítalo Argentina de Electricidad (CIADE, cuya estatización durante su gestión procesista originó una causa judicial). Fue miembro de los consejos asesores de empresas transnacionales como Westinghouse y el Chase Manhattan Bank. Además, tuvo un rol destacado en *think tanks* orientados al liberalismo y al neoliberalismo, como la Fundación de Investigaciones Económicas Latioamericanas (FIEL, de la que fue vicepresidente entre 1970 y 1974)

⁴¹ La pertenencia de Martínez de Hoz a la Junta Nacional de Granos (JNG) en este período figura en varias notas biográficas, incluso en libros del propio Martínez de Hoz. No obstante, la JNG fue creada a partir del antiguo Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI) en 1963, cuando Martínez de Hoz se desempeñaba como secretario de Agricultura y Ganadería.

y la Sección Argentina del Consejo Interamericano de Comercio y Producción (la que presidió entre 1964 y 1967), y mantuvo presencia en entidades como el Consejo Empresario Argentino (CEA, del que fue vicepresidente y presidente entre 1972 y 1976).

En 1976, tras sopesar otras alternativas, los miembros de la Junta de Gobierno que tomaron el poder en la Argentina, el general Jorge Rafael Videla, el brigadier Orlando Ramón Agosti y el almirante Emilio Eduardo Massera, designaron a Martínez de Hoz como ministro de Economía. Desde el inicio, hubo especulaciones con respecto a por qué una dictadura que se caracterizó por su carácter pretoriano había elegido a este civil para estar al frente de una cartera tan sensible. Debe tenerse en cuenta que en la historia de los gobiernos militares argentinos los ministerios de Economía o Hacienda siempre recayeron en civiles, en general vinculados al mundo empresarial (incluso en la dictadura de 1943-1946, la más cabalmente militar, el ministro de Hacienda fue el abogado, empresario y exdiputado Jorge Santamarina). Por otro lado, para la Junta, Martínez de Hoz presentaba ciertas ventajas: tenía fluidas conexiones con las diferentes ramas del mundo económico (la agropecuaria, la industrial y la de servicios, tanto en la Argentina como en el exterior); había ejercido la función pública durante gobiernos *de facto* y esa experiencia era valorada por la ausencia de consecuencias relevantes: se consideraba positivo que sus gestiones no hubieran tenido resultados políticos dignos de ser resaltados. Así, si bien el plan que diseñó Martínez de Hoz no difería en esencia de los de otros posibles candidatos como Adalbert Krieger Vasena, Carlos María Moyano Llerena o Álvaro Alsogaray,⁴² su nombre fue el único que generó consenso entre los altos mandos de las tres fuerzas armadas (Schvarzer, 1983; Seoane y Muleiro, 2001; Martínez de Hoz, 2014).

⁴²No está del todo claro por qué la Junta desestimó a los otros candidatos. En su crónica, Yofre (2010) sostiene que fue la Armada la principal interesada en elegir a Martínez de Hoz, pues lo consideraban menos dependiente del Ejército. Seoane y Muleiro (2001) sostienen que Martínez de Hoz tenía una relación personal con Massera por compartir su afición al turf y con Videla por intermedio de los generales Hugo Miatello y Guillermo Suárez Mason, quienes habían participado de reuniones del grupo Perriax en 1975, cuando se trazaban las líneas maestras de un plan económico a implementarse tras un golpe de Estado que se estimaba inevitable y necesario (Túrolo, 1996). Sí hay indicios de que Alsogaray fue resistido porque se lo veía demasiado relacionado a la política y porque su hermano era general del Ejército, y que a Krieger Vasena se lo percibió muy ligado a la experiencia de la dictadura que había encabezado Juan Carlos Onganía. Moyano Llerena, quien había sido brevemente ministro durante la presidencia *de facto* de Marcelo Levingston, fue luego nombrado embajador ante la Comunidad Económica Europea por la Junta.

De acuerdo con el relato de Martínez de Hoz, al momento de producirse el golpe, él ya sabía que su plan económico, elaborado a lo largo de varios meses y delineado frente a referentes civiles y militares algunos días antes, iba a ser implementado, pero no estaba al tanto que estaría al frente de la gestión. Por lo tanto, debió armar su equipo de trabajo de manera apresurada, aunque gozando de plena autonomía tanto para elegir a los secretarios como para designar a las autoridades del Banco Central (Martínez de Hoz, 2014). Los secretarios elegidos fueron: Juan Alemann (Hacienda); Guillermo Walter Klein (Programación y Coordinación),⁴³ Raymundo Podestá Wilmart (Industria), Mario Cadenas Madariaga (de Agricultura y Ganadería), Guillermo Zubarán (Energía), Alberto Fraguío (Comercio Exterior); Guillermo Bravo (Comercio Interior); Federico Camba (Obras Públicas), Fernando Puca Prota (Recursos Naturales) y el general Alberto Vicente Nieto (Comunicaciones). Por otra parte, Adolfo Diz quedó como presidente del BCRA y Manuel Solanet fue nombrado al frente del Instituto Nacional de Planificación Económica. Al igual que su nuevo jefe, muchos de ellos habían pasado por la función pública en anteriores gobiernos *de facto* (era el caso de Alemann, Klein, Fraguío, Camba, Puca Prota, Solanet y Diz), mientras que otros compartían con Martínez de Hoz su actividad en cámaras empresariales vinculadas a los ideales liberal-conservadores (era el caso de Cadenas Madariaga y Podestá Wilmart, de ACIEL). A casi todos, Martínez de Hoz los conocía desde décadas atrás, por haber compartido distintos espacios de socialización como la Democracia Cristiana, la Orden de Malta y su pertenencia común a círculos liberal-conservadores como AJDA, el grupo Azcuénaga y el grupo Perriau (Túrolo, 1996; Morresi, 2010; Vicente, 2015).

Los miembros del gabinete económico no respondían a una única línea y sus diferencias afloraron en más de una ocasión. Hasta cierto punto puede sostenerse que los desacuerdos se explicaban por cuestiones ideológicas, pero también influyeron, y mucho, las desavenencias basadas en intereses concretos (en particular entre las carteras de Industria, Agricultura y Comercio) y las pujas de poder (entre las diversas secretarías específicas y los titulares de Planificación y Hacienda que actuaban como viceministros con amplios poderes de decisión). No obstante, y pese a que las diferencias llegaron en algunos casos a renuncias obligadas (en Agricultura, Cadenas Madariaga fue reemplazado por Jorge Zorreguieta y en Comercio Interior Alejandro Manuel Estrada reemplazó

⁴³ En la práctica, Alemann y Klein oficiaron como viceministros. Ambos sufrieron atentados como parte de la interna procesista en momentos en que el plan económico estaba en su crisis final, en 1980 y 1979, respectivamente.

a Bravo), desde el inicio de la gestión se cultivó lo que los protagonistas llamaron un “espíritu de equipo”.

Como es natural, los enfoques y opiniones sobre muy arduos problemas no eran siempre coincidentes y unánimes, ni hubiera sido deseable que lo fueran. Lo que fue importante es que un grupo que debía proporcionar la orientación a la economía argentina en sus más diversos aspectos, pudo actuar en forma coherente y racional, deponiendo actitudes o posiciones inspiradas en puntos de vista sectoriales en aras del Bien Común [...] Se actuó con una unidad de orientación ideológica, que permitía lograr una verdadera acción de “equipo”, en cuyo seno el permanente intercambio de ideas y de iniciativas permitían finalmente llegar a las soluciones y decisiones consecuentes. Con seguridad estas últimas no siempre conformaban las aspiraciones de cada uno, pero representaban un común denominador que no desvirtuaba el objetivo principal, que hacía posible su aplicación práctica y que, aun cuando no lograr la perfección que se describe en la teoría, permitía avanzar sustancialmente en el sentido correcto (Martínez de Hoz, 1981: 11).

“El común denominador” implicaba un acuerdo sobre el diagnóstico negativo de aquello a lo que se venía a poner fin y sobre las metas principales del plan a desarrollar. Con respecto al diagnóstico de la situación, había un consenso interno (compartido incluso por distintos sectores civiles lejanos al régimen) sobre que el último gobierno peronista había desplegado sin éxito planes económicos contradictorios y que resultaba necesario ordenar una situación recesiva e hiperinflacionaria. Pero, se convenía, el nudo gordiano de la problemática argentina iba más allá del período de María Estela Martínez de Perón: era el sistema productivo de posguerra, caracterizado por una economía dual semicerrada, en la que el sector agrario producía bienes exportables y aportaba divisas que ayudaban al desarrollo del sector industrial orientado al mercado interno y protegido por tarifas preferenciales, subsidios y exenciones fiscales (Canitrot, 1980; Schwarzer, 1983). Martínez de Hoz lo explicaba así:

Consideramos que había causas muy profundas que habían llevado a la situación [de caos] descrita [...] fue en el período de posguerra (especialmente a partir de 1943) cuando se inició en el país un cambio profundo de política económica con una doble característica: una creciente intervención del Estado en la economía y una aplicación casi total del concepto de eco-

nomía cerrada, con una virtual desaparición de los principios de libertad económica (Martínez de Hoz, 1991: 16).

Para Martínez de Hoz, la excesiva intervención del Estado (mediante medidas arbitrarias o regulaciones innecesarias) había llevado las iniciativas productivas a un marco de ahogo e ineficiencia, cuyos incentivos para invertir y modernizarse se veían opacados por la necesidad de ganar el favor del gobierno de turno para funcionar. Así, se hacía un uso muy poco eficiente de los recursos materiales y humanos del país.⁴⁴ Por otro lado, el incremento del radio de acción estatal iba de la mano de un aumento del gasto público que, al no ser acompañado de una elevación de los recursos, causaba un desequilibrio fiscal creciente que se traducían en inflación. Pero, además, el mantenimiento del esquema de posguerra implicaba la permanencia de trabas al comercio exterior que produjeron “el estancamiento y retraso [...] En este aspecto el aislamiento resultó no solo material sino [...] también mental. Ello tuvo profundas derivaciones en las concepciones políticas, económicas y sociales imperantes desde entonces” (Martínez de Hoz, 1991: 17). Así, se requería un cambio estructural que prohiciera una profunda transformación cultural. El primer paso necesario era ordenar y estabilizar la situación económica, mejorando los ingresos públicos y poniendo un freno a la inflación. Luego, se podría avanzar sobre dos frentes: reformar el Estado para establecer las bases de una libertad económica que entroncarse luego con una libertad política real, y abrir la economía para facilitar un proceso de competencia que resulte en una bajada en los costos y en mejoras en la productividad.

Para alcanzar estas metas, Martínez de Hoz negoció diversos préstamos que le permitiesen desplegar sus propuestas. Este respaldo financiero fue considerado en su momento un requisito indispensable, no solo por la precaria situación económica desde la que se partía, sino también porque representaba una señal de apoyo político externo a las nuevas autoridades y sus proyectos reorganizativos (Quiroga, 2004; Palermo y Novaro, 2003; Schvarzer, 1983). La llegada del dinero externo sumada al establecimiento de un desdoblamiento cambiario, el congelamiento de salarios y la indexación por inflación de los impuestos y tarifas de servicios públicos llevaron a una situación de relativa calma económica traducida en aumento del nivel de reservas, ralentización de la inflación y baja de la especulación cambiaria, pero también a una sensible pérdida de capacidad de compra de los sectores populares que, en un clima represivo que

⁴⁴ Vale la pena subrayar que este razonamiento es paralelo al análisis del *rent seeking* que, por la misma época, era impulsado desde la Teoría de la Elección Pública (Tullock, 1988).

impedía tanto la actividad política como la gremial, no pudieron hacer oír su disconformidad y tuvieron que asistir a cambios en la estructura de precios en beneficio de los agronegocios y las empresas de capital intensivo. Es por eso que Jorge Schvarzer sostuvo, atinadamente, que esos primeros resultados “se deducían casi directamente del nuevo marco político antes que del programa aplicado” (1983: 51).

Pese a esa situación de relativo “éxito”, al cabo de unos pocos meses las críticas hacia el ministro arreciaron y la prensa comenzó a hacerse eco de rumores sobre su supuesto recambio. En el diario *Clarín*, la línea editorial marcaba un apoyo general al PRN, pero subrayaba que en el ámbito económico se sucedían errores que imposibilitarían el necesario “cambio de estructuras” y se abogaba por nuevos planes y nombres (Borrelli, 2016). Bernardo Neustadt (1977) aseguraba que “en los labios de gente seria” se murmuraba que Martínez de Hoz podía ser reemplazado por el banquero José R. Trozzo (presidente del luego quebrado Banco de Intercambio Regional, hoy prófugo de la justicia residente en México) o por el presidente del BCRA, Adolfo Diz. Asimismo, señalaba que aunque había sectores que pugnaban por renunciaciones dentro del gabinete económico (“sustituir algunos de sus colaboradores más inmediatos [como] Juan Alemann, Klein, Zubarán, Bravo o Podestá”), Martínez de Hoz los había defendido firmemente. El rumbo económico y el propio Martínez de Hoz fueron satirizados en diversos medios, en lo que conformó la principal vía de crítica político-cultural de la etapa (Levín, 2013; Burkart, 2016). Incluso, se dio el fenómeno intermedio de la crítica especializada, pero bajo la pauta humorística, como fue la columna que publicó regularmente, bajo seudónimo, el economista Roberto Frenkel en la revista *Hum*[®] (Burkart, 2016).

Hasta cierto punto, las críticas a Martínez de Hoz reflejaban pugnas en el interior del gobierno. Estas internas fueron complejas y cambiantes, pero para los fines de este trabajo pueden ser simplificadas: de un lado, los sectores nacionalistas, industrialistas y dispuestos a apoyar una mayor intervención del Estado en la economía, y del otro, los sectores liberales, más inclinados a sostener la visión de “apertura al mundo” preconizada por el ministro.⁴⁵ La presencia de una oposición interna a la continuidad de Martínez de Hoz se tradujo en la institución de mecanismos de control que buscaban monitorear las decisiones

⁴⁵ Debe subrayarse que se trata de una simplificación por la óptica del artículo y que esta lucha interna se superpuso a otras tanto o más relevantes en términos de consecuencias, como la establecida entre sectores politicistas y militaristas, entre el Ejército y la Marina o entre las distintas promociones de militares. Al respecto, ver Jordán (1993); Palermo y Novaro (2003); Canelo (2008a).

del gabinete económico y recortar su capacidad para la toma de decisiones. El ministro estaba obligado a dar cuenta de sus actos de manera semanal a los miembros de la Junta y a someterse a la evaluación periódica de la Secretaría General de la Presidencia (cuyo titular era el general Rogelio Villareal, cercano a la fracción politicista liderada por el teniente general Roberto Eduardo Viola), de la Comisión de Asesoramiento Legislativo (CAL) y a los cuadros superiores de las tres fuerzas armadas reunidos en consejos o asambleas (Canelo, 2008a). Pero, además, la oposición interna al ministro se hizo sentir por la resistencia de encumbrados hombres de armas a prestar apoyo a las medidas del ministro, como fue el caso de las Direcciones de Astilleros Navales o Fabricaciones Militares. En algunos casos, la resistencia fue tan fuerte que las críticas se hicieron públicas, como las de Massera y Agosti, quienes ya en 1976 explicitaron su desacuerdo con los resultados económicos y mostraron su preocupación con el descenso de los ingresos de los trabajadores (Suriano, 2005).

Fue en medio de esta situación de críticas, y ante la ausencia de los resultados presupuestos, que se inició una nueva etapa en el desarrollo del plan económico. Ya no se trataba de “estabilizar”, sino de “reformar”. Para ello, el ministro postuló necesario implementar medidas antiinflacionarias más activas. Desde su perspectiva, la reactivación económica ya había comenzado, pero se encontraba obliterada por la continuidad de la inflación, que era fruto de la “irresponsabilidad de algunos empresarios” obstinados en mantenerse dentro del esquema económico anterior (De Pablo, 1987). Fue por ello que en marzo de 1977 se implementó una “tregua de precios” que obligaba a 700 empresas líderes a retrotraer sus precios y mantenerlos por 120 días. La medida fue recibida con sorpresa y resquemor por diferentes sectores, e incluso en el gabinete hubo desacuerdos con respecto a esta intervención: el secretario de Comercio Interior hizo público su descontento y se vio obligado a renunciar.

Si bien la tregua de precios no tuvo resultados notables, en tanto la inflación solo bajó un punto de forma momentánea para “rebotar” a 4% en el mes de agosto, Martínez de Hoz se dio por satisfecho y anunció la llegada de un tercer momento en la implementación del plan. Su amplia capacidad de acción a pesar de los opacos resultados puede explicarse, al menos en parte, por el rol político que comenzó a jugar en 1977. Con la asunción del demócrata James Carter como presidente de los Estados Unidos, se produjo un profundo viraje en la política externa de ese país. Como parte de su política de guerra fría, Carter puso en primer plano los Derechos Humanos, dejando así en una situación difícil al régimen argentino, en particular a las facciones liberales y politicistas que habían puesto el acento en la importancia de mantener relaciones fluidas

con los Estados Unidos y ahora se veían doblemente asediadas por los reclamos internacionales y por los sectores nacionalistas y los “duros”. En este contexto, Martínez de Hoz, quien gozaba de importantes y fluidos contactos con distintos actores económicos y políticos estadounidenses, se convirtió en un actor clave. Para Maxwell Chaplin, a cargo de la representación estadounidense, el ministro era el canal de comunicación ideal: “Martínez de Hoz ha sido capaz de obtener respuestas aparentemente positivas del gobierno argentino en áreas sensibles de los derechos humanos (aunque lo haya hecho con el objetivo de obtener un voto favorable por parte de los Estados Unidos [para la aprobación de un crédito])” (citado en Avenburg, 2015: 453).

Para mediados de 1977, Martínez de Hoz se afirmó en su cargo y comenzó a desplegar las reformas centrales de su plan: había llegado el momento de la gran transformación planteada, de cambiar estructuras para mudar mentalidades. Para ello buscó apuntalar al sector financiero a través de medidas concretas que, al menos en teoría, tenían por objeto colaborar en la formación de un mercado de capitales interno que además sería beneficioso para el sector productivo. La reforma implicaba, en términos generales, la liberación de las tasas de interés y la desregulación del sistema financiero. La combinación resultó en una política monetaria restrictiva a través de una suba en las tasas de interés reales y de una merma en la emisión monetaria,⁴⁶ y en una recesión que impactó en los sectores productivos y en los consumidores que seguían enfrentando una sostenida inflación. En ese momento, la Iglesia católica levantó su voz contra el plan económico. Los obispos Justo Laguna y Jorge Casaretto (recién promovidos al cuerpo episcopal) señalaron que las medidas tomadas por el ministro minaban la armonía entre capital y trabajo por la que abogaba la doctrina social de la Iglesia. Con el tiempo, y en parte como fruto de cambios en la Iglesia a nivel político y doctrinario (la asunción del nuevo Papa Juan Pablo II, la Conferencia Episcopal de Puebla), pero también de ciertos movimientos en el seno del catolicismo argentino, el distanciamiento entre la institución eclesiástica y el gabinete económico procesista se iría profundizando (Obregón, 2005).

A comienzos de 1978, los agroexportadores consideraban que el ministro buscaba atraer capitales externos “atrasando” el tipo de cambio, lo que los perjudicaba. El secretario de Agricultura, Cadenas Madariaga, buscó un punto intermedio al anunciar la continuidad de la política general, pero también un precio sostén para algunos *commodities*. No obstante, la profundización del

⁴⁶ En aras de establecer paralelismos con el neoliberalismo, se nota aquí una similitud con los postulados monetaristas de la Escuela de Chicago (Friedman, 1985).

desequilibrio del tipo de cambio dejó en la nada la propuesta de intervención selectiva y terminó renunciando. Schwarzer (1983) caracterizó esta situación como la que acentuaba el avance de los grupos más ortodoxos en el interior del equipo. Sobre el final de ese año, y como vía de escape a un marco recesivo, se dio a conocer un esquema de preanuncio de tasas decrecientes del tipo de cambio nominal, basado en la experiencia chilena (la luego célebre “tablita”). Este esquema se emparejaba con un calendario de reducción de aranceles de importación y un programa de reforma del Estado que incluía cambios en los subsidios, que bajaron y pasaron a ser regionales en lugar de sectoriales, y una serie de privatizaciones periféricas. El conjunto de medidas dio lugar a un crecimiento de la actividad financiera y del sector servicios tanto como a la continuidad de la desindustrialización.

En 1979 se produjo una merma en el índice inflacionario que, en el contexto de protección del empleo que los comandantes habían impuesto a Martínez de Hoz, dio como resultado una mejora relativa en la situación económica: el país creció un 7% y el salario real aumentó sensiblemente con respecto al año anterior. Todo ello se reflejó en un trato más contemplativo con el ministro por parte de sus críticos. No obstante, el panorama volvió a cambiar en el último cuarto del año. Por un lado, la Iglesia católica, que, a través de la Pastoral Social, liderada por monseñor Ítalo Di Stefano, se había acercado a los sindicatos peronistas, elaboró un documento en oposición al proyecto de ley de asociaciones profesionales, uno de los pilares del programa de Martínez de Hoz (Ghio, 2007). Por otro lado, si bien la apertura comercial se había iniciado antes, a fines de 1979 comenzaron a sentirse los efectos de un ingreso creciente de bienes importados. Entre diciembre de 1979 y diciembre de 1980, el saldo de la balanza comercial bajó abruptamente de 1110 millones dólares positivos a 2520 negativos. Esto tuvo un claro impacto en la actividad industrial, cuyos representantes comenzaron a elevar sus críticas a través de documentos públicos que denunciaban un fuerte proceso de desindustrialización. Pero, además, este proceso colaboró con el “cambio de mentalidad” que pregona Martínez de Hoz: fue en ese momento que los comportamientos consumistas, individualistas y especulativos de una porción importante de la población, particularmente en las capas medias, comenzaron a desplegarse con fuerza (Heredia, 2015; Fridman, 2008; Adamovsky, 2009). Así, para 1980, la “gran transformación” había comenzado. Decía Martínez de Hoz:

El programa económico anunciado el 2 de abril de 1976 contenía un conjunto coherente de principios y medidas [...] estaba destinado no solo a hacer

frente a la crisis existente en ese momento, sino a revertir toda una tendencia que [...] había predominado en el manejo de la economía argentina desde la posguerra, [...] Para llevar a cabo este objetivo era necesario modificar las estructuras de la economía argentina, tanto en el sector público como en el privado. El cambio propuesto era muy profundo; *no bastaba un simple proceso de ordenamiento, sino que había que transformar normas y marcos institucionales, administrativos y empresariales, políticas, métodos, hábitos y hasta la misma mentalidad de los agentes económicos privados y públicos.* [...] Para ello había ciertamente que adaptarse a las nuevas reglas de juego, aprender a comportarse en una economía de mercado abierto, con competencia, identificarse como consumidor y comenzar a ejercer sus derechos como tal, sea cual fuere su actividad económica, (ya sea productor agropecuario, industrial, trabajador manual o intelectual, profesional, técnico, artista o ama de casa) (Martínez de Hoz, 1981: 236-237, énfasis añadido).

Desde la óptica de Martínez de Hoz, lo que él y su equipo hicieron fue sentar las bases de una transformación social y económica. Para lograr su objetivo primordial, una economía libre, fue preciso “utilizar ciertos métodos o instrumentos que no fueran los idealmente propios”, pero que resultaban “necesarios para dominar las rigideces y reacciones que obstaculizaban el proceso de salir de una economía altamente estatizada y distorsionada”. Las medidas intervencionistas fueron, entonces, ineludibles para generar el cambio, si bien su uso podía haber llevado a la opinión pública a confundir “situaciones o instrumentos puramente circunstanciales con las bases o principios del sistema” al que consideraba liberal, humanista y dirigido al beneficio de toda la población (Martínez de Hoz, 1981: 238). En este sentido, Martínez de Hoz no solo resumía su gestión, sino que también respondía a las críticas que, desde su perspectiva, le habían lanzado los sectores a los que él mismo pertenecía y que a su entender eran injustas y no habían logrado comprender la enormidad de la tarea desarrollada.

Desde adentro: las críticas liberal-conservadoras a Martínez de Hoz

Las críticas a Martínez de Hoz durante 1976-1981 pueden dividirse en dos grupos. De un lado, aquellos que, tanto desde los partidos políticos tradicionales como desde la derecha nacionalista, se oponían de modo frontal al ministro, al rechazar tanto su figura como su plan económico y las consecuencias de este.

Del otro lado, aquellos que reconocían el valor (moral, intelectual o político) de Martínez de Hoz o bien creían que sus objetivos y sus métodos eran correctos y necesarios, pero también que, a pesar de ello, las medidas tomadas no eran adecuadas y que sus resultados podrían ser contraproducentes con respecto a los objetivos preconizados. Dentro de este segundo grupo, el del liberalismo-conservador, se apuntó hacia dos cuestiones centrales: las doctrinarias y las prácticas. En primer lugar, se señalaba que la política de Martínez de Hoz era “poco liberal”, pues cedía las bases ideológicas por un pragmatismo excesivo, moralmente inaceptable, políticamente innecesario y económicamente contradictorio. En segundo término, se subrayaba de modo crítico la preeminencia de la posición “gradualista” del gabinete económico en detrimento de las políticas de *shock* que se estimaban necesarias para prohiar el cambio estructural prometido.

En un comienzo, dentro del coro de voces liberal-conservadoras más notorias (medios, intelectuales, organizaciones) primó una lectura favorable tanto al proyecto del PRN como a las líneas maestras del plan económico. Dos días antes del golpe, Francisco Manrique, líder de la Alianza Federal que reunía a partidos liberal-conservadores provinciales, se había puesto “a disposición” para colaborar en la “gran transformación” que se avizoraba, “vía elecciones o vía revolución” (citado en Mansilla, 1983: 116). Al día siguiente del golpe, los diarios de circulación nacional publicaron una solicitada de la Fuerza Federalista Popular (FUFEPO) y el Movimiento Línea Popular (MOLIPO) en apoyo explícito al gobierno dictatorial y sus objetivos, firmada entre otros por el propio Manrique e incluso por Carlos Sylvestre Begnis, recién removido como gobernador de Santa Fe.⁴⁷ Sin embargo, este intento de acercamiento no fue fructífero y el gobierno dictatorial estaba decidido a mantenerse militarizado tanto como le fuera posible (Palermo y Novaro, 2003; Quiroga, 2004). El estilo pretoriano que los militares consideraban necesario para desarrollar su gestión debía extenderse a todo el aparato estatal. Eso no quiere decir, como marcamos, que el PRN no contara con respaldos civiles, sino que los militares estaban preocupados por mostrar hacia la sociedad, pero sobre todo hacia dentro de las armas, que gobernarían prescindiendo de intercambios con la política de partidos. Pese a la indiferencia oficial, los liberal-conservadores de la Alianza Federal prosiguieron su apoyo, autodenominándose “amigos críticos del Proceso”. Con ello consiguieron que un importante número de intendentes de ciudades menores quedaran en sus puestos (en una proporción mayor a la de los grandes partidos) y, luego, se

⁴⁷ En *La Nación*, 25/3/1976.

posicionaron como los primeros “interlocutores válidos” reconocidos por el régimen, lo que les valió ser figuras en el período del Diálogo Político que el gobierno militar dio por iniciado a fines de 1978.

Pero más allá del acuerdo genérico con la dictadura, lo cierto es que desde el espacio liberal-conservador pronto comenzó a criticarse el rumbo económico. Así, pocos meses después del golpe, Álvaro Alsogaray (exministro de economía de Frondizi y Guido, y líder político de los sectores liberal-conservadores porteños) hizo saber su descontento por medio del diario *La Prensa*, basándose sobre todo en cuestiones de doctrina: para él Martínez de Hoz no era un “verdadero” liberal. De acuerdo con Alsogaray, si bien las intenciones del PRN debían ser acompañadas, el desarrollo del plan económico debía criticarse por “la extraordinaria creación de moneda, causa directa y única de la inflación, [...] y la ‘congelación’ del mercado de trabajo que, aparte de mantener en él una rigidez inaceptable, lleva en sí el germen de una explosión social”. En su opinión, el ministro se limitaba a “actuar de una manera pragmática y gradual” y no aplicaba un plan liberal real: era “evidente que el gobierno está siguiendo ‘en la práctica’, aunque tal vez ‘en teoría’ cree que no lo hace, un modelo estatista y dirigista”.⁴⁸

La creación del ministerio de Planeamiento, en setiembre de 1976, implicó un avance de los sectores nacionalistas. Los documentos elaborados en el ámbito de la nueva cartera dirigida por el general Genaro Díaz Bessone compartían ejes del diagnóstico liberal-conservador, como la crisis argentina como producto del agotamiento del proyecto Generación del 80 y el reclamo de recrear una elite conductora, pero expresaban posiciones corporativistas y fomentaban el intervencionismo estatal. Si, desde el desarrollismo industrialista, *Clarín* expresó su apoyo a la creación del ministerio (Borrelli, 2016; Sivak, 2013), en parte como una forma de mostrar su oposición a Martínez de Hoz, desde el liberalismo-conservador, las voces críticas apuntaron directamente sobre esta cartera, no ya por sus políticas sino por su mera existencia, que, entendían, denotaba una continuidad del estatismo y una mirada totalitaria sobre el orden socioeconómico. Así, un autor poco propenso a la intervención sobre temas económicos, como el filósofo Jorge Luis García Venturini, señalaba que se trataba de un ministerio incongruente con las bases procesistas, “un ministerio del pasado”.⁴⁹ *La Nación*, por su parte, marcaba que la cartera implicaba una nueva vía para el intervencionismo estatal y el crecimiento de la burocracia, y

⁴⁸ En *La Prensa*, 22/8/1976.

⁴⁹ *Ibidem*, 5/11/1976.

enfaticaba que el planeamiento era parte de una filosofía totalitaria. “Un contrasentido total”, resumía en su página editorial el diario, que en lo posterior sería muy enfático en marcar la poca claridad de los proyectos económicos.⁵⁰ En esa dirección, el economista y empresario Alberto Benegas Lynch (mecenas de emprendimientos liberal-conservadores como el Centro de Estudios para la Libertad, CEDEL) asoció los planes de Díaz Bessone con la “hipertrofia” estatal, reiterando las amenazas “totalitarias” de la planificación y los riesgos de que un intento tercerista allanase el camino a la izquierda.⁵¹ Alsogaray lo resumió así: “[La] planificación económica [...] significa siempre avanzar hacia el totalitarismo colectivista. Creer lo contrario es lo mismo que pensar en un círculo cuadrado”.⁵² Por la falta de resultados, pero sobre todo por la oposición interna, en 1977 Díaz Bessone renunció.

Canelo (2012) ha analizado los documentos reservados en los que, desde diversos ámbitos gubernamentales, se criticaba el proyecto del ministerio de Planeamiento con argumentos consonantes con el espacio liberal-conservador. A principios de 1978, el general Carlos Laidlaw tomó el cargo de ministro, pero en la reformulación ministerial de octubre de ese año la cartera fue anulada. El liberalismo-conservador había ganado la batalla puntual, pero sus actores marcaban que debía aprovecharse esta circunstancia y que Martínez de Hoz no avanzaba ni del modo necesario ni con el ritmo aconsejable: para este sector la falta de resultados de las medidas económicas no tenía otro origen que la falta de claridad en el modelo. Desde la perspectiva de Benegas Lynch, en lugar de adherir sin más a la filosofía liberal, Martínez de Hoz insistía en buscar caminos intermedios que desembocaban sistemáticamente en malos resultados: la falta de apego a la teoría tenía consecuencias prácticas negativas. Justamente por ello, el referente del CEDEL se manifestaba preocupado por el uso equívoco e indiscriminado del concepto “liberalismo”. Sostenía que “no todos le asignan al liberalismo el significado que le corresponde. Por eso, algunos, injustificadamente, lo fustigan, pretendiendo hacerlo responsable de las funestas consecuencias de políticas a todas luces antiliberales”.⁵³

Para Alsogaray, el problema era aún más grave, porque, en su opinión, al liberalismo se oponían no solo los populistas, los desarrollistas y los nacionalistas, sino también un conjunto de tecnócratas que no terminaban de entender que

⁵⁰ Editorial, *La Nación*, 9/12/1976. Críticas del mismo tenor expresaba el matutino *Ámbito Financiero* (Ruíz, 2005).

⁵¹ En *La Prensa*, 31/7/1977.

⁵² *Ibidem*, 14/11/1976.

⁵³ *Ibidem*, 27/7/1977.

el “liberalismo moderno” (expresión que hoy podría traducirse sin mayores problemas como neoliberalismo)⁵⁴ debía ser distinto tanto del intervencionismo gradualista de Martínez de Hoz como de la ortodoxia dogmática influida por el monetarismo de la Escuela de Chicago. Decía Alsogaray en una entrevista realizada en 1977 que era “indispensable recordarles a quienes atacan genéricamente al liberalismo” que sus señalamientos solo se aplicaban a “las viejas fórmulas del siglo XIX” y no al liberalismo que él defendía, inspirado en pensadores como Ludwig Mises o Friedrich Hayek (en De Pablo, 1977: 35). Consideraba que los economistas debían “abandonar su torre de marfil” y entrar en la órbita política “para desenmascarar en ella a los políticos improvisados en pseudo-economistas, a los ‘expertos’ de su ‘ciencia infusa superior’ y a todos aquellos que se entrometen en los grandes problemas de la acción humana a la manera de los ‘curanderos’ de la medicina”. Solo así, marcaba, los verdaderos economistas “aumentarán su influencia sobre los asuntos del Estado, lo cual es efectivamente imprescindible” (en De Pablo, 1977: 42).

¿Quiénes eran los expertos dogmáticos denostados por Alsogaray? Básicamente, los funcionarios del ministerio de Economía (como Estrada y el subsecretario de precios, Martín Braun Lasala) y del BCRA (como Diz y el asesor Ricardo Arriazu, que era el enlace directo con Economía), quienes, basándose en la perspectiva de economistas como Arnold Haberger y Milton Friedman, insistían en enfrentar la inflación con controles de la política monetaria y cambiaria. Estos dirigentes, a los que la prensa denominaba “moyanistas” o “Chicago boys”⁵⁵ no eran ideológicamente homogéneos, pero sí compartían un *ethos* (la mayoría de ellos eran jóvenes y provenían de familias de elite) y un funcionamiento muy compacto, “un verdadero grupo dentro del grupo que era el equipo económico”, como sostiene Túrolo (1996: 230). De acuerdo con la visión de los liberal-conservadores que se encontraban fuera del ministerio, estos jóvenes no eran por sí mismos los causantes de los males, sino que era clave el modo en que su perspectiva se combinaba con la de los “políticos improvisados en pseudo-economistas”, una figura que hacía directa referencia al propio Martínez de Hoz, al que se acusaba de tratar de contemporizar entre las demandas de distintos sectores económicos (sobre todo el agro y la industria),

⁵⁴ Sobre esta cuestión, ver Morresi (2009).

⁵⁵ El mote de “moyanistas” hacía referencia a que algunos de ellos habían sido estudiantes de Carlos Moyano Llerena en la Universidad Católica Argentina. El apelativo de “Chicago Boys” era más bien una importación del caso chileno, ya que, con la excepción de Diz y algunos funcionarios de segunda línea, ni en el gabinete de Martínez de Hoz ni en el BCRA abundaban los profesionales formados en la escuela de Chicago.

las recetas puntuales (no integrales) de los chicaguinos y las demandas militares de mayor gasto público y mantenimiento del nivel de empleo (lo que llevaba incluso a estatizar empresas en lugar de privatizarlas). Al respecto, Horacio García Belsunce (abogado, especialista en derecho tributario y miembro directivo de diversas organizaciones empresariales e intelectuales) marcó el problema en un balance publicado unos años después:

No querer definirse doctrinariamente y afiliarse al pragmatismo que es el símbolo de la “antidefinición”, puede atribuirse a dos motivaciones: a no tener ideas definidas, supuesto descartable en este caso dadas las relevantes y poco comunes dotes intelectuales del doctor Martínez de Hoz o bien al deseo de no comprometer posiciones para poder encuadrarse, llegado el caso, en ciertas variantes, teorías o posiciones que vean con agrado quienes ejerzan el poder. [Por eso] Una política económica no adscripta a una doctrina clara y definida no es sino una más de las terceras posiciones, híbridas por principio.⁵⁶

Para estos actores, el pragmatismo de Martínez de Hoz y su disposición a actuar de modo gradual quedaron claros cuando, a fines de 1978, anunció la “tablita” que, en teoría, iba a permitir que todos los sectores estuvieran satisfechos, ya que permitiría controlar la política cambiaria e inflacionaria sin necesidad de “enfriar” la economía. No obstante, el esquema requería una rígida política fiscal y reducción del gasto, aspectos que no podían garantizarse en un contexto en el que el gobierno incrementaba el gasto para una posible guerra con Chile y la fragilidad del régimen requería que el desempleo no se disparase. Por eso, en un artículo titulado gráficamente “Se cierne la tormenta”, Alsogaray presagiaba una crisis que sería fruto de no haber querido enfrentar seriamente el problema de la inflación con un modelo liberal moderno integral. El modelo de pautas, vaticinaba, estaba condenado a provocar recesión y, a la postre, a herir la capacidad de acción del PRN (Alsogaray, 1993).

Frente a la continuidad de la “tablita” y la ausencia de resultados, García Belsunce proponía “atacar a la inflación en sus causas, no en sus efectos”, lo que implicaba contener la demanda y el gasto público, y “atacar el problema sindical”. Desde su perspectiva, el problema del PRN no era solo económico, sino político: el aumento de la inflación había permitido que los sindicatos volvieran a tener protagonismo y participar de la puja distributiva.⁵⁷ En con-

⁵⁶ En *La Prensa*, 18/3/1981.

⁵⁷ *Ibidem*, 23/3/1979.

sonancia, Alsogaray insistía en señalar que el problema era el propio gobierno que no reducía suficientemente el ritmo de emisión monetaria ni dejaba que los salarios descendieran. Frente a las explicaciones de Martínez de Hoz acerca de la necesidad de llegar a acuerdos, Alsogaray preguntaba sardónicamente: “¿Quién se opone? ¿O es que esas resistencias se suscitan en el seno del gobierno?”.⁵⁸

Hacia fines de 1979, la relación entre la emisión monetaria y la inflación se transformó en el principal tópico de invectivas del espacio liberal-conservador: Alsogaray, Benegas Lynch y García Belsunce, entre otros,⁵⁹ coincidían en que la situación era crítica. En el mismo sentido, al participar del Diálogo Político, los líderes políticos liberal-conservadores como Sylvestre Begnis y Manrique pusieron en claro que, aunque reconocían el valor de lo actuado por las Fuerzas Armadas, pensaban que debía cambiarse el rumbo económico (González Bombal, 1991).

Para los sectores más duros del liberalismo-conservador, el diálogo político y la rearticulación partidaria y corporativa eran analizados como el primer paso de un posible regreso a la situación de 1973; es decir, a un traspaso de poder a los civiles que volviera a abrir la puerta al populismo peronista y al crecimiento de la izquierda. Haciendo gala de la retórica anticomunista cara al régimen, pero apuntando por esa vía a la gestión económica, Benegas Lynch proponía que “si se quiere fortalecer el frente anticomunista [...] es necesario privatizar las empresas estatales y llevar a cabo una reforma monetaria y bancaria que contemple la vuelta al patrón oro clásico para independizar la moneda y el crédito del poder político”. Sobre una posible política redistributiva, daba una sentencia doctrinaria lapidaria: “Por cuanto todos los procesos que buscan una ‘mejor distribución de la riqueza’ compulsivamente, sea mediante ‘reformas agrarias y urbanas’, impuestos discriminatorios y progresivos o cualquier otro método que se adopte al efecto, conspiran contra la formación en el país de nuevos capitales y se opone a la atracción de inversiones extranjeras”.⁶⁰ Alsogaray insistía al poco tiempo con sus críticas axiales: “A esta altura de los acontecimientos es claro que el actual sistema económico no es liberal ni de mercado, sino crudamente dirigista e inflacionario, aparte de pragmático y gradualista [...] incompatible con un régimen jurídico liberal como el de nuestra Constitución”.⁶¹ Para peor, la confirmación de Videla de que no se cambiaría el plan económico al menos hasta el próximo turno presidencial, era entendida como el colmo de la necesidad:

⁵⁸ *Ibidem*, 22/4/1979.

⁵⁹ Para una visión más amplia, ver Vicente (2015) y Morresi (2011).

⁶⁰ En *La Prensa*, 21/4/1980.

⁶¹ *Ibidem*, 14/6/1980.

Alsogaray se rendía y señalaba que “los dados están echados”. Para él ya nada podía hacerse por enderezar el timón económico; por eso, desde mediados de 1980, la principal preocupación pasó por rescatar al liberalismo de lo que se entendía una injusta asociación con las medidas de Martínez de Hoz. Alsogaray sostenía, así, que aquellos sectores que criticaban “la política económica liberal que se está aplicando” cometían una “aberración que verdaderamente clama al cielo”. “Tal vez el reproche mayor que deba hacerse a las actuales autoridades, es el de haber dado ocasión y justificativos a esos personajes [que critican al liberalismo]”, enfatizaba.⁶²

Así, para diversos actores del espacio liberal-conservador, el problema central de la gestión de Martínez de Hoz era no solo haber fallado en obtener buenos resultados, sino haberlo hecho en nombre del liberalismo. Alsogaray lo señalaba con patetismo cuando trazaba un sugerente diagnóstico sobre las relaciones de las elites liberales con el PRN y su fracaso:

Las crisis anteriores al 24 de marzo de 1976 siempre pudieron ser atribuidas al fracaso de nuestros adversarios y a la mentalidad antiliberal que los dominaba. Pero, ¿y ahora? ¿A qué y a quiénes atribuir la crisis actual? ¿Cómo explicar este nuevo y doloroso fracaso? Este interrogante nos plantea una grave cuestión. Si supuestamente es el “capitalismo” conducido por sus mejores hombres el que ha imperado, ¿cómo enfrentar de aquí en adelante al socialismo y en general a la ya citada [en esta columna] mentalidad antiliberal? *Esta situación es inédita en los últimos 35 años*. Está llena de peligros y acechanzas. Si la libertad económica en manos de conspicuos representantes de la clase rectora y de los círculos sociales más elevados nos ha conducido a una crisis como la presente, ¿no habrá llegado la hora de renegar de ella y de volver a cualquiera de las formas del totalitarismo?⁶³

Para Alsogaray, el pecado de Martínez de Hoz era mayúsculo. A pesar de pertenecer a la “clase rectora” de aquellos que disponían de recursos económicos y simbólicos, de gozar del apoyo presidencial, de tener a su disposición los resortes del poder por un extraordinariamente largo período de tiempo, no había ofrecido más que medidas puntuales, parciales, graduales y de compromiso. Así, había herido las chances de que el propio PRN (o sus posibles herederos) lanzaran un plan económico y político auténticamente liberal: “Lo ilusorio, por no decir utópico, reside en insistir en estos momentos en la economía liberal como la

⁶² *Ibidem*, 13/7/1980.

⁶³ *Ibidem*, 1/3/1981.

solución verdadera, cuando buena parte de la opinión pública cree, inducida por falsos profetas, que esa es la economía que se ha estado practicando en la Argentina durante los últimos cinco años”.⁶⁴

Sobre el final del ciclo dictatorial, cuando preparaba el lanzamiento de un nuevo partido político de centro-derecha, Alsogaray lamentaba que, por culpa de Martínez de Hoz, la nueva organización no pudiera llamarse liberal. Finalmente, el partido fue bautizado como Unión del Centro Democrático (Ucede). A la ceremonia de lanzamiento de la Ucede asistieron varios de los funcionarios que habían acompañado a Martínez de Hoz con lo que, tras los desencuentros, se ensayó una reconciliación entre los liberal-conservadores que habían formado parte del PRN y aquellos que habían criticado su política económica y el impacto político de esta. No obstante, vale la pena resaltar que el distanciamiento de Alsogaray con respecto a Martínez de Hoz acabaría siendo una carta de triunfo avanzado el proceso de transición: cada vez que los líderes políticos radicales o peronistas lo acusaban de connivencia con la dictadura, Alsogaray sacaba a relucir sus artículos críticos del PRN y su defensa de un “verdadero” liberalismo, estrategia que formó parte del repertorio de los actores analizados.

Después de la tormenta: las miradas retrospectivas de los protagonistas

A casi cuarenta años de finalizado el ciclo de Martínez de Hoz, parece existir cierto consenso en considerar que el plan económico que se inició en 1976 se enmarcó dentro de la cosmovisión liberal-conservadora⁶⁵ y fue un parteaguas en la historia económica argentina.⁶⁶ Veremos aquí el modo en que el ciclo de Martínez de Hoz fue percibido retrospectivamente por sus propios protagonistas

⁶⁴ *Ibidem*, 15/3/1981.

⁶⁵ Resultan notorios los desacuerdos respecto a cómo caracterizar el plan de Martínez de Hoz. Así, De Pablo (1981) sostuvo que era “ortodoxo”, mientras que Schvarzer (1983) afirmó que representó una “nueva ortodoxia”; Canitrot (1981) lo consideró una expresión del “liberalismo económico” y O’Donnell (1997) leyó las medidas de Martínez de Hoz como propias de la “economía neoclásica”. Más recientemente, Pucciarelli (2004) lo catalogó como “liberal corporativo”, Galafassi (2004) como “neoliberal”, y Palermo y Novaro (2003) lo calificaron (con más precisión) como “híbrido”.

⁶⁶ Algunos estudios (Schvarzer, 1983; Basualdo, 2006) subrayan la redistribución regresiva del ingreso y el proceso de desindustrialización, otros trabajos (Morresi, 2008; Fridman, 2008) apuntan a los cambios culturales y de comportamientos prohibidos en ese período.

y por sus principales críticos liberal-conservadores: como expondremos, las claves del debate dado en tiempos del PRN se mantuvieron como ejes ordenadores.

Martínez de Hoz dedicó tres libros a reflexionar sobre su gestión ministerial. El primero de ellos fue editado a pocas semanas del cambio de gobierno dictatorial. Con un prólogo brevísimo y elogioso firmado por Videla (en el que destaca el coraje, la firmeza y la autoridad moral de su ministro), el volumen, de tono descriptivo, está basado en documentos oficiales, a modo de memoria de gestión. En este sentido, ofrece explicaciones justificativas más bien generalistas a las medidas tomadas en distintos momentos y en diferentes sectores de la economía, con dos objetivos claros. Por un lado, defender las políticas implementadas como pasos necesarios para el objetivo final: el cambio de estructuras y mentalidades. Por el otro, establecer que los frutos del esfuerzo realizado solo podrían verse si las nuevas autoridades continuaban en el camino allí abierto. Buena parte de los argumentos parecen, como marcamos, dirigidos a un grupo pequeño, el de los liberal-conservadores, más que a la población en general. Así, por ejemplo, dedica más espacio a defender la pertinencia de ciertas estatizaciones (a las que se considera inevitables, aunque no deseadas) que a la razón por la que la política de privatizaciones era preferible o necesaria (Martínez de Hoz, 1981: 48-53).

Diez años más tarde, el exministro publicó un segundo libro de tono levemente más analítico. Ante un contexto nacional e internacional favorable a sus ideas (el gobierno del peronista Carlos Menem impulsaba medidas neoliberales, al tiempo que los llamados “socialismos reales” se derrumbaban), Martínez de Hoz planteó justipreciar su gestión. A su entender, pese a no haber podido desplegar sus propuestas en la medida deseable, su etapa podía considerarse exitosa: “Quizás a nosotros nos tocó romper el hielo y la resistencia inicial sin alcanzar plenamente nuestros objetivos. Pero el cambio de mentalidad que predicamos se fue produciendo inexorablemente” (Martínez de Hoz, 1991: 9). El texto, para enfatizar la posición de su autor, contiene datos que no se habían publicado previamente (lo que su autor justificaba como necesario durante el PRN); en este sentido, se concentró en detallar los límites que enfrentó. De acuerdo con Martínez de Hoz, pese al consenso en su propio entorno, el gobierno que integró no contó con la legitimidad política suficiente para llevar adelante una transformación completa como la que se requería. Desde su perspectiva, la disidencia entre las fuerzas armadas (y dentro de cada una de ellas) fue lo que impidió implementar algunas políticas que hubieran obtenido mejores resultados. Lamentaba no haber podido contar con “herederos del Proceso” que continuaran con sus pautas, pero destacaba que gracias a su gestión la

propia sociedad fue transformándose hasta “reclamar” políticas que iban en la dirección de su proyecto (Martínez de Hoz, 1991: 244-246).

En 2014, en un contexto en el que imperaba una visión social crítica sobre la herencia económica y social del PRN y sobre el rol de los civiles en el régimen,⁶⁷ los hijos de Martínez de Hoz publicaron un tercer libro de memorias del exministro que había fallecido en 2013 mientras cumplía una prisión preventiva por su vinculación con la prisión ilegal del empresario Federico Gutheim y su hijo Miguel (que estuvieron a disposición del gobierno *de facto* entre 1976 y 1977). Con una prosa más ágil y cuidada que en los volúmenes anteriores, en este texto póstumo, Martínez de Hoz brindó precisiones sobre los objetivos políticos de algunas medidas concretas (como la tregua de precios y la reforma financiera) y se permitió una perspectiva más crítica con respecto a los actores económicos de mayor peso quienes, a su entender, no se comportaron a la altura de las circunstancias.⁶⁸ El autor también abordó la autocrítica, al reconocer que las políticas adoptadas generaron ganadores y perdedores en un marco no equilibrado (Martínez de Hoz, 2014: 335-339). Varias de las claves señaladas por el exministro en este volumen ya habían sido expuestas por exmiembros de su gabinete en distintas ocasiones. Por ejemplo, en una extensa nota en *La Nación*, Juan Alemann sostuvo que el legado del período había sido altamente positivo, tanto en términos de infraestructura (rutas, usinas de energía), como en lo atinente a la política social (escuelas, hospitales). Para el economista, lo destacable de la gestión de Martínez de Hoz fue su capacidad de modernizar las industrias básicas y preparar al sector agrario para el crecimiento futuro. La falta de resultados inmediatos debía achacarse a la “recesión mundial” y a la resistencia de los militares (que se oponían a las privatizaciones).⁶⁹ Por su parte, Cadenas Madariaga sostuvo que los resultados magros del plan de Martínez de Hoz se debieron a decisiones equivocadas, que a su vez fueron el resultado de combates internos en el gabinete (Muleiro, 2001).

Pero si los protagonistas tuvieron una visión revisionista y en parte autocrítica de su gestión, los intelectuales y políticos del liberalismo conservador que habían estado fuera del ministerio de Economía durante el período 1976-

⁶⁷ Durante el período kirchnerista (2003-2015), esta visión más crítica no solo fue impulsada por los organismos de Derechos Humanos, sino también por el propio Poder Ejecutivo Nacional.

⁶⁸ En una nota concedida varios años antes, Martínez de Hoz había sido aún más gráfico: “Los agentes económicos, las instituciones del mundo financiero no estaban preparados para recibir esa libertad de acción que impusimos de golpe. Así se produjeron una gran cantidad de consecuencias no previstas que estropearon los propósitos originales” (*La Nación*, 29/7/1988).

⁶⁹ En *La Nación*, 7/4/1996.

1981 no tuvieron una actitud similar. Para García Belsunce (1982), Benegas Lynch (1989) y Alsogaray (1993), el accionar de Martínez de Hoz y sus colaboradores no admitía justificación, porque su pragmatismo y su gradualismo habían malogrado el modelo liberal y traicionado los objetivos del PRN. En este sentido, los liberal-conservadores mantuvieron su posición: continuaron justificando el accionar de los militares en el plano represivo (al sostener que las Fuerzas Armadas debían ser reconocidas por haber impedido que la Argentina cayera en el comunismo o continuara en la debacle populista), pero criticaron a Martínez de Hoz por no haber sabido o podido implementar un cambio económico cabalmente liberal, mientras el mismo exfuncionario aseguraba haber sentado las bases para una transformación cultural de largo plazo. En este punto, vistas las defensas y las críticas, a modo de interrogación final (y como línea de apertura para futuros trabajos), cabe preguntarse si lo que distingue al liberalismo-conservador argentino no es el ordenancismo político antes que una perspectiva económica clásicamente liberal, y si no fueron las consecuencias de esa relación las que explican los modos en que se planteó, en este espacio, la polémica sobre el plan de Martínez de Hoz y su implementación efectiva.

Una breve conclusión

En este artículo mostramos cómo el programa de Martínez de Hoz tuvo una recepción dispar en el espacio liberal-conservador: apoyo a sus planteos básicos, entendidos como puntos clave del proyecto del PRN, y críticas de diverso tono a las medidas tomadas. El eje de los cuestionamientos apuntó a desnudar el carácter escasamente liberal (o iliberal) de lo actuado desde el ministerio. A medida que el ciclo de Martínez de Hoz se cerraba, la preocupación se centró en desligar a su gestión del liberalismo. En todo momento, empero, sus críticos liberal-conservadores enfatizaron la necesidad de apoyar los puntos basales del “Proceso” y marcaron la necesidad de que la política económica se ajustase a ellos. Así, las desavenencias entre los liberal-conservadores dentro y fuera del gobierno (o en su interior) no deberían leerse como una simple puja de poder —leyendo las críticas apenas como herramientas para encumbrar algunos nombres por encima de otros o como fruto del “principismo” ideológico de quienes no tenían responsabilidad política—, sino como debates doctrinarios (teoría versus pragmatismo), entre métodos (el *shock* contra el gradualismo), entre vertientes de un mismo proyecto general (austriacos frente a chicaguinos, ortodoxos contra heterodoxos) y distintos abordajes (economistas versus polí-

ticos versus intereses sectoriales). Por ello, más allá del momento procesista, el debate liberal-conservador prosiguió disputando conceptos y reiterando análisis: la transición, los años del menemismo y la etapa del kirchnerismo fueron contextos en los que, tanto Martínez de Hoz como algunos de sus antiguos colaboradores y críticos, se sintieron en la obligación de discutir lo actuado y reflexionar sobre su programa político.

Colocar el foco sobre los debates en el interior del liberalismo-conservador nos permitió conocer mejor este proyecto político, pero también ofrecer un acercamiento a los vínculos entre el Estado y la sociedad civil en tiempos dictatoriales. Como vimos de modo sumario en este artículo, los actores del ministerio de Economía compartían ideas, rasgos y trayectorias (pertenencia a las clases altas o medias altas, una formación intelectual y académica similar, pasajes por los directorios de empresas privadas y cámaras empresariales, participación en distintas instancias del Estado en gobiernos militares o civiles tutelados, presencia en fundaciones y *think tanks* de orientación derechista) con sus críticos liberal-conservadores. Este acervo común nos habla no solo de una comunidad (sí que en tensión), sino también de una imbricación entre el Estado y una parte de la sociedad que contaba con recursos materiales y simbólicos para influir de una manera destacada incluso en un momento en el que las Fuerzas Armadas habían militarizado la mayor parte de la estructura estatal.

Asimismo, en estas páginas ofrecimos algunos elementos para analizar la problemática de la construcción de elencos y el desarrollo de planes gubernamentales en tiempos de dictadura. Martínez de Hoz tuvo autonomía para nombrar su gabinete, pero en lugar de establecer un grupo monolítico, formó un espacio de unidad heterogénea no exento de polémicas internas. Esta heterogeneidad, debe subrayarse, no era un mero reflejo de las pugnas militares o las de estos y los civiles, sino que mostraba la existencia de desacuerdos en el interior del espacio liberal-conservador. En este sentido, algunos de los disensos dentro del Ministerio replicaban las pugnas y debates de aquella parte de la sociedad civil que estaba presente en el Estado. Pero más allá de los desacuerdos, el gabinete económico actuó de forma compacta en su proyecto refundacional. En la visión retrospectiva de Martínez de Hoz y su equipo (que, como vimos, fue mutando entre 1981 y 2014), las limitaciones en virtud de la presencia de nacionalistas y populistas en las Fuerzas Armadas y la falta de colaboración por parte del empresariado no impidieron alcanzar el objetivo central del plan, el cambio de mentalidades. Esta centralidad de la política en el posicionamiento económico, lúcidamente señalada por trabajos pioneros durante el propio PRN, marca tanto el sentido primario del plan del ministro como el núcleo polémico

de los debates en el espacio liberal-conservador: desde la perspectiva de Martínez de Hoz y su equipo, los ataques a la gestión por parte de miembros destacados del liberal-conservadurismo no tomaban en cuenta la envergadura de lo conseguido, ya que en ese ciclo se habían sentado las bases para una transformación económica, política y social de la Argentina.

Bibliografía

- AA. VV. (1981-1982). *Juicio de residencia a Martínez de Hoz* (2 vols.). Buenos Aires: El Cid.
- Adamovsky, Ezequiel (2009). *Historia de la clase media argentina: apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*. Buenos Aires: Planeta.
- Alsogaray, Álvaro (1993). *Experiencias de cincuenta años de política y economía argentina*. Buenos Aires: Planeta.
- Avenburg, Alejandro (2015). “Una dictadura fragmentada: conflictos intramilitares y las relaciones entre la Argentina y los Estados Unidos durante la presidencia de Videla”. *Postdata*, vol. 20, n° 2, pp. 441-472.
- Basualdo, Eduardo (2006). *Estudios de historia económica argentina desde mediados del siglo XX a la actualidad*. Buenos Aires: Siglo XXI-FLACSO.
- Benegas Lynch, Alberto (1989). *Por una Argentina mejor*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Borrelli, Marcelo (2016). *Por una dictadura desarrollista. Clarín frente a los años de Videla y Martínez de Hoz. 1976-1981*. Buenos Aires: Biblos.
- Botana, Natalio R. (1985). *El orden conservador: la política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Burkart, Mara (2016). *De Satiricón a Humor. Risa, cultura y política en los años setenta*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Canelo, Paula (2008a). *El proceso en su laberinto: La interna militar de Videla a Bignone*. Buenos Aires: Prometeo.
- (2008b). “Las dos almas del Proceso. Nacionalistas y liberales durante la última dictadura militar”. IV° Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente, Rosario.

- (2012). “Los desarrollistas de la ‘dictadura liberal’. La experiencia del Ministerio de Planeamiento durante el Proceso de Reorganización Nacional en la Argentina”. *Años 90*, vol. 19, n° 35, pp. 169-190.
- (2016). *La política secreta de la última dictadura argentina (1976-1983) a 40 años del golpe de Estado*. Buenos Aires: Edhasa.
- Canitrot, Adolfo (1980). “La disciplina como objetivo de la política económica. Un ensayo sobre el programa económico del gobierno argentino desde 1976”. *Desarrollo Económico*, vol. 19, n° 76, pp. 453-475.
- (1981). “Teoría y práctica del liberalismo. Política antiinflacionaria y apertura económica en la Argentina, 1976-1981”. *Desarrollo Económico*, vol. 21, n° 82, pp. 131-189.
- De Pablo, Juan Carlos (1977). *Los economistas y la economía argentina*. Buenos Aires: Macchi.
- (1981). *El proceso económico: como lo vi y como lo veo*. Buenos Aires: Ediciones El Cronista Comercial.
- (1987). *Proceso a la economía del Proceso*. Actas de las Segundas Jornadas Anuales de Economía. Montevideo: Banco Central del Uruguay.
- Franco, Marina (2012). *Un enemigo para la nación: orden interno, violencia y “subversión”, 1973-1976*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2016). “La noción de ‘dictadura cívico-militar’”. Flier, P (ed.), *Mesas de debate de las VII Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente*, pp. 69-90. La Plata: UNLP.
- Fridman, Daniel (2008). “La creación de los consumidores en la última dictadura argentina”. *Apuntes de Investigación del CECYP*, n° 14, pp. 71-92.
- Friedman, Milton (1985). *Capitalismo e Libertad*. San Pablo: Nova Cultural.
- Galafassi, Guido (2004). “Argentina: Neoliberalismo, utilitarismo y crisis del Estado-Nación capitalista”. *Herramientas*, n° 26.
- García Belsunce, Horacio A. (1982). *Política y economía en años críticos*. Buenos Aires: Troquel.
- Ghio, José María (2007). *La Iglesia católica en la política argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- González Bombal, Inés (1991). *El diálogo político: la transición que no fue*. Buenos Aires: CEDES (mimeo).

- Harbour, William R. (1985). *El pensamiento conservador*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Heredia, Mariana (2015). *Cuando los economistas alcanzaron el poder (o cómo se gestó la confianza en los expertos)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Jordán, Alberto R. (1993). *El Proceso 1976/1983*. Buenos Aires: Emecé.
- Levín, Florencia (2013). *Humor político en tiempos de represión. Clarín, 1973-1983*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lvovich, Daniel (2007). “Actitudes sociales durante la dictadura militar argentina: Las organizaciones sociales y el diálogo político de 1980”. Ponencia presentada en el Coloquio Internacional “Problemas de historia reciente en el Cono Sur”, Los Polvorines, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Lvovich, Daniel, y Rodríguez, Laura G. (2011). “La Gendarmería Infantil durante la última dictadura”. *Quinto Sol*, vol. 15, n° 1, pp. 1-21.
- Mansilla, César L. (1983). *Las fuerzas de centro* (29). Buenos Aires: CEAL.
- Martínez de Hoz, José Alfredo (1981). *Bases para una argentina moderna (1976-1980)*. Buenos Aires: Emecé.
- (1991). *Quince años después*. Buenos Aires: Emecé.
- (2014). *Más allá de los mitos. Memorias y revelaciones del ministro más polémico de la historia argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Middlebrook, Kevin J. (2000). “Introduction: Conservative Parties, Elite Representation, and Democracy in Latin America”. *Conservative parties, the right, and democracy in Latin America*, pp. 1-50. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Morresi, Sergio D. (2008). *La nueva derecha argentina y la democracia sin política*. Buenos Aires-Los Polvorines: Biblioteca Nacional-Universidad Nacional de General Sarmiento.
- (2009). “Neoliberales antes del Neoliberalismo”. En Soprano, Germán y Frederic, Sabrina (eds.), *Política y variaciones de escalas en el análisis de la Argentina*, pp. 321-350. Los Polvorines-Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento-Prometeo.
- (2010). “El liberalismo conservador y la ideología del Proceso de Reorganización Nacional”. *Sociohistórica*, n° 27, pp. 101-133.

- (2011). “Del MON a la Ucede. Las derechas liberales entre el Proceso de Reorganización Nacional y la transición a la democracia”. Ponencia presentada en las XIIIª Jornadas Interescuelas de Historia, San Fernando del Valle de Catamarca, UNCA.
- Muleiro, Vicente (2001). “Entre las vacas y el matadero (Entrevista a Mario Cadenas Madariaga)”, *Clarín*, 18/3/2001.
- (2011). *1976: El golpe civil*. Buenos Aires: Planeta.
- Nállim, Jorge (2014). *Transformación y crisis del liberalismo. Su desarrollo en la Argentina en el período 1930-1955*. Buenos Aires: Gedisa.
- Neustadt, Bernardo (1977). “El Poder: Un año más tarde”. *Revista Crecer*, año 2, n° 24, pp. 11-12.
- Obregón, Martín (2005). “La Iglesia argentina durante el ‘Proceso’ (1976-1983)”. *Prismas, Revista de historia intelectual*, n° 9, pp. 259-270.
- O’Donnell, Guillermo A. (1997). *Contrapuntos: ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires: Paidós.
- Palermo, Vicente, y Novaro, Marcos (2003). *La dictadura militar, 1976-1983: del golpe de estado a la restauración democrática*. Buenos Aires: Paidós.
- Plehwe, Dieter; Walpen, Bernhard y Neunhöffer, Gisela (eds.) (2005). *Neoliberal hegemony: a global critique*. Milton Park, Abingdon y Nueva York: Routledge.
- Pucciarelli, Alfredo R. (ed.) (2004). *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Quiroga, Hugo (2004). *El tiempo del proceso. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares, 1976-1983*. Rosario: Homo Sapiens-Fundación Ross.
- Ruíz, Fernando J. (2005). *El señor de los mercados: Ámbito financiero, la City y el poder del periodismo económico de Martínez de Hoz a Cavallo*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Rémond, René (2007). *Les droites aujourd’hui*. París: Éd. L. Audibert.
- Ryan, Alan (1995). “Liberalism”. En Goodin, R. y Pettit, P. (eds.), *A companion to contemporary political philosophy*, pp. 291-311. Cambridge, Mass: Blackwell Press.
- Schvarzer, Jorge (1983). *Martínez de Hoz: la lógica política de la política económica*. Buenos Aires: CISEA.

- Seoane, María y Muleiro, Vicente (2001). *El dictador: la historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sivak, Martín (2013). *Clarín, el Gran Diario Argentino. Una historia*. Buenos Aires: Plantea.
- Suriano, Juan (2005). *Dictadura y democracia (1976-2001)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Tullock, Gordon (1988). *Rent seeking*. Hampshire: Edward Elgar Publishing.
- Túrolo, C. M. (1996). *De Isabel a Videla: los pliegues del poder*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Verbitsky, Horacio, y Bohoslavsky, Juan Pablo (eds.) (2013). *Cuentas pendientes: los cómplices económicos de la dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Vicente, Martín A. (2011). “¿Tú también, Bruto?”. Críticas liberales a un programa liberal: el plan de Martínez de Hoz según Alsogaray, Benegas Lynch y García Belsunce en *La Prensa*. *Question*, n° 32, pp. 1-14.
- (2014). *Una opción, en un lugar de un eco. Los intelectuales liberal-conservadores en la Argentina, 1955-1983*. Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- (2015). *De la refundación al ocaso: los intelectuales liberal-conservadores ante la última dictadura*. La Plata-Los Polvorines: Universidad Nacional de La Plata-Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Yofre, Juan Bautista (2010). *Fuimos todos: cronología de un fracaso, 1976-1983*. Buenos Aires: Sudamericana.